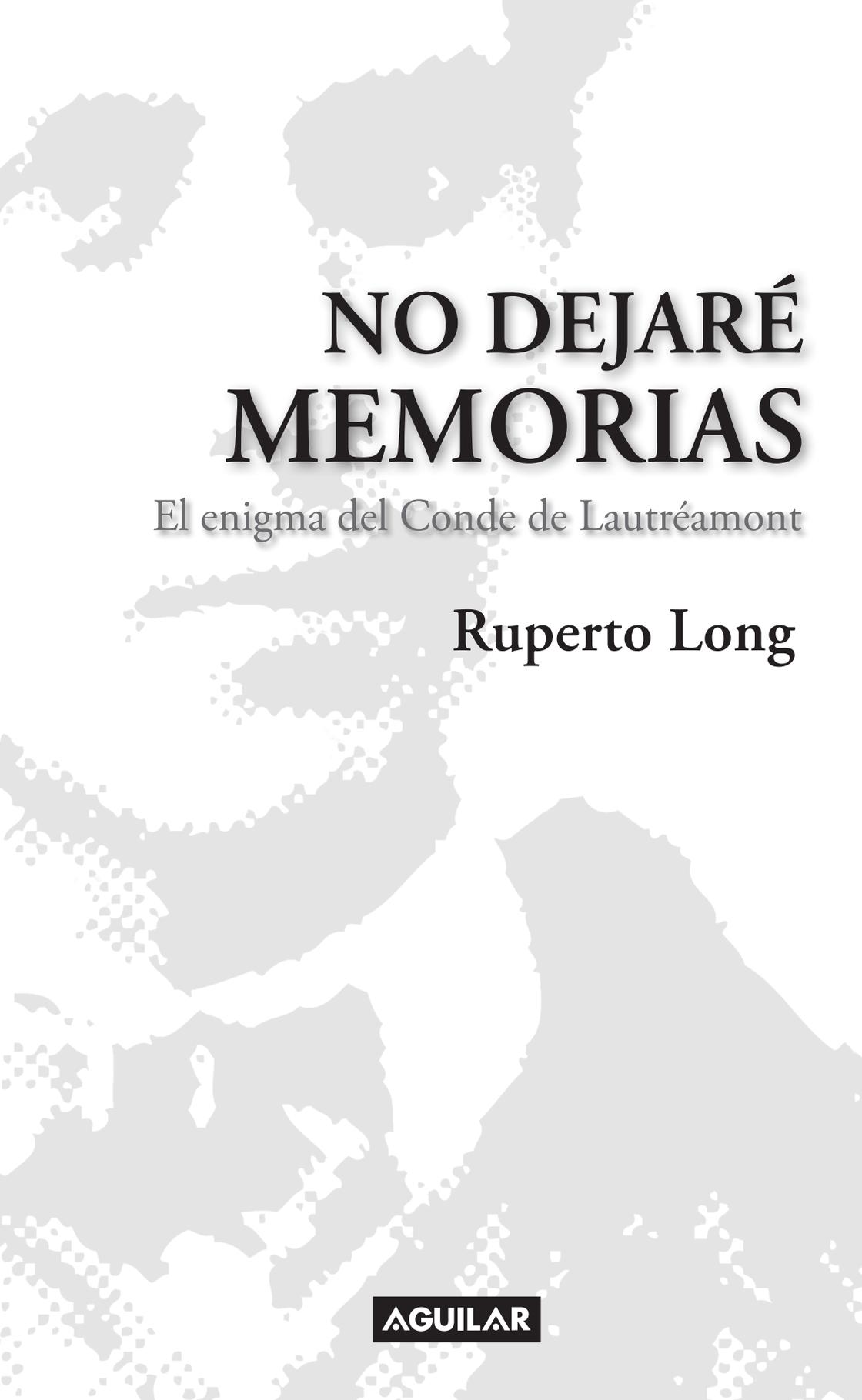


NO DEJARÉ MEMORIAS

El enigma del Conde de Lautréamont

AGUILAR



NO DEJARÉ MEMORIAS

El enigma del Conde de Lautréamont

Ruperto Long

AGUILAR

© 2012, Ruperto Long

De esta edición:

© 2012, Ediciones Santillana, SA

Juan Manuel Blanes 1132. 11200. Montevideo - Uruguay

Teléfono: 2410 7342

www.prisaediciones.com/uy

- Santillana Ediciones Generales, SL
Torrelaguna, 60. 28043 Madrid, España.
- Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, SA
Leandro N. Alem 720, Buenos Aires, Argentina.
- Santillana de Ediciones SA
Av. Arce 2333, La Paz, Bolivia.
- Aguilar Chilena de Ediciones, Ltda.
Dr. Ariztía 1444, Providencia,
Santiago de Chile, Chile.
- Santillana, SA
Av. Venezuela 276, Asunción, Paraguay.
- Santillana, SA
Av. Primavera 2160, Lima, Perú.
- Editora Objetiva
Rua Cosme Velho 103, Rio de Janeiro, Brasil.
- Editora Objectiva
Estrada da Outurela 118, 2794-084 Carnaxide, Portugal.

Diseño de cubierta: Lucía Sánchez Miraballes

ISBN: 978-9974-95-583-7

Hecho el depósito que indica la ley.

Impreso en Uruguay. *Printed in Uruguay.*

Primera edición: abril de 2012.

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro medio conocido o por conocer, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

El homenaje más grande que se puede rendir a este creador es rechazar su canonización. Lautréamont nunca me ha parecido más grande que en su soledad y su verdad.

Albert Camus

Los Cantos de Maldoror es una obra única. No hay nada comparable en la literatura.

J. M. G. Le Clézio

Es necesario salir de la «ducasseología ordinaria», para realizar una revolución biográfica, cuyo principio es que debemos inventar muchas vidas imaginarias de Isidoro Ducasse, si queremos tener la posibilidad de un día descubrir lo que fue su vida real.

Michel Pierssens

Introducción

Recuerdo perfectamente cuándo y dónde comenzó todo.

Estaba en la histórica ciudad de Quito, la de los cien campanarios y las calles empedradas que se pierden entre las nubes, adonde había concurrido a dictar una conferencia sobre la relación entre política y tecnología, tema de mi especial interés. Me encontraba ansioso por conocer algo más de la legendaria capital colonial y sus alrededores, y así lo hice saber a los organizadores; no pasó mucho rato antes de que uno de mis amigos ecuatorianos me invitara a dar un paseo por las afueras de la ciudad. Acepté complacido.

Una hora más tarde, partíamos en una simpática buseta rumbo a un lugar muy especial denominado Mitad del Mundo, en San Antonio, donde –por el hecho de situarse exactamente sobre la línea del Ecuador– se apreciaba el «efecto Coriolis» a la perfección. Es decir, se manifestaba con toda nitidez esa fuerza ficticia capaz de explicar sucesos anómalos, como el movimiento de las borrascas atmosféricas y los anticiclones.

Desde entonces, muchas son las ocasiones en que me sorprendo pensando en cuánto ha cambiado mi vida a partir de aquel momento.

La charla nos llevaba de un tema a otro cuando, no sé cómo, alguien dejó caer aquel nombre: Lautréamont.

Al notar el interés que en mí había despertado el asunto, y luego de escuchar sorprendido mi encendida apología del mítico montevideano, mi amigo comenzó a desbrozar, con la mayor lentitud, como quien va sacando las telarañas a viejos

recuerdos, esta inquietante historia. Incluso, yo podía adivinar por su recelo que estaba dudando en compartir conmigo su relato. Tal era su desasosiego.

Nos sentamos entre unas rocas, abrigados del sol y del viento que se descargan con toda su fuerza en ese paraje lunar, y mi amigo continuó con su narración, con la que colmó mi capacidad de asombro.

A finales de los años sesenta del siglo xx, la cordillera de los Andes había visto llegar a un joven uruguayo de aspecto misterioso, alto y de andar desgarbado, un tanto encorvado de hombros, dueño de una profunda mirada de ojos negros, que estaba investigando algunos temas en verdad extraños. Entre otros, ciertos detalles acerca de la vida de una poeta quiteña, quien –precisamente 111 años antes de su llegada– se había suicidado, a los veintiséis años. A la dramática decisión había arribado luego de ser engañada y abandonada por su esposo, un tal doctor Galindo, y de ver rechazada su obra por la sociedad de la época, que la consideró transgresora de las buenas costumbres, e incluso a ella misma la tildó de «pecadora pública» y «poseída por el demonio». El joven quería saber cómo ese puñado de audaces poesías, que en su tiempo no fueron publicadas y que a nadie se le hubiera ocurrido traducir al francés, habían llegado a oídos del tal Conde de Lautréamont, quien cuando aconteciera la tormentosa historia de aquella mujer habitaba en Francia, y sin embargo la mencionaba en su obra con todas las letras.

Semejante suceso, al igual que muchos otros de similares características, le resultaban inexplicables al muchacho, por estar rodeados de un halo de misterio que no alcanzaba a descifrar.

Así fue que sus desvelos lo llevaron al pequeño pueblito de Azotes, enclavado en un valle en lo más profundo de la cordillera de los Andes, en la serrana provincia del Azuay, uno de los varios lugares en que había transcurrido la trágica vida de la joven poeta, llamada Dolores.

Sucede que el padre de mi amigo, de nombre don Romualdo, era el alcalde del pueblo, y ya se sabe que en esas comarcas

rurales no hay forastero que pase desapercibido. Así fue que al poco tiempo, vinos y ajenjos de por medio, don Romualdo y el joven montevideano habían entablado cierta amistad. Esto llevó al viajero a confiar, a la autoridad del remoto paraje, los motivos de sus andanzas.

Cierto es que, casualmente, por esos días se produjeron una serie de temblores por toda la región de Cuenca, cuya magnitud iba *in crescendo*. Finalmente, para ser precisos, el 24 de noviembre de 1968, un violento terremoto, de magnitud 7,4 en la escala de Richter, tuvo su epicentro en el poblado de Azotes, que se vio reducido a escombros en cuarenta y ocho segundos.

La hostería EL PAILÓN DEL DIABLO (la cual debía su nombre a una extraña figura de piedra, tallada por la naturaleza en una montaña cercana, que parecía semejar al Bajísimo), donde se hospedaba el joven investigador, no llegó a desmoronarse por completo. Pero sus techos temblaron desprendiendo los cielorrasos con violencia en todas direcciones, y su estructura de hormigón y mampostería se pobló de amenazadoras fisuras.

Horas más tarde, cuando en ese desolador panorama de ruinas, llantos, sangre y muerte (cerca de una veintena de lugareños encontraron allí un horrendo fin) pareció en algo restablecerse la calma, el encargado de la posada, Julio Dupuy, y su mozo de tareas, Antonio Millán, dieron cuenta al alcalde don Romualdo de que el joven montevideano había desaparecido. No había muerto, eso parecía claro, porque los daños en la pensión andina no fueron tan devastadores y porque alcanzó a llevarse algunas de sus escasas pertenencias. Simplemente había desaparecido, sin dejar rastro...

O, mejor dicho, sí había dejado rastro.

En su apresurada huida algo quedó abandonado en su habitación. Algo que era demasiado obvio para que pudiéramos considerarlo un olvido —en esto coincido con mi amigo y con su padre—; más bien daría para pensar que haya sido un olvido deliberado: un grueso mazo de hojas de papel, de los más diversos tipos y tamaños, garabateadas al correr de la pluma y cuidadosamente atadas con tres vueltas de hilo sisal.

Don Romualdo, en su carácter de alcalde del pueblo, decidió conservar el curioso documento, por si el joven investigador regresaba a reclamarlo algún día, lo que nunca aconteció.

Y allí nos encontrábamos, mi amigo ecuatoriano y yo, sentados entre unas rocas bajo una tradicional palapa de paja quincheda, compartiendo una historia a la cual no dudaría en calificar de inverosímil y carente de toda lógica si no fuera porque mi amigo, sensibilizado por mi extraordinaria excitación ante su relato, y consciente de que yo poseía cierta versación respecto del asunto, no tardó mucho en ofrecerme el manuscrito original para mi análisis, con el solo compromiso de que se lo retornara antes de un año, dado que para él constituía un valioso recuerdo de su padre, ya fallecido.

Desde la lejanía nos llegaba el inconfundible y embriagador sonido de unos *sanjuanitos*, lo que no hacía más que atraer a mi memoria los sensuales meneos de las jóvenes quiteñas que suelen bailarlos, mientras las ráfagas de viento arrastraban el polvo de las canteras cercanas, que con sus trabajos han alterado la singular geografía originaria del Pomasqui.

Pocas informaciones adicionales pudo aportarme mi amigo, mientras comprobábamos una vez más la eterna validez del efecto Coriolis.

Por mi parte, he dedicado numerosos esfuerzos durante este último año a cotejar estos escritos –hasta donde los pude descifrar, porque debo decir que la caligrafía no era una de las virtudes de su autor– con lo que se sabe de la vida del enigmático Conde de Lautréamont, siempre poco, a pesar de los denodados esfuerzos de los expertos, desde Genonceaux a nuestros días, pasando por François Caradec, François Alicot, los hermanos Guillot Muñoz, Pleyne, Bachelard, Pichon Rivière, Emir Rodríguez Monegal, Leyla Perrone-Moisés, Fernando Butazzoni y tantos otros, por lo que la mención solamente de algunos constituye desde ya un acto de injusticia, hasta llegar a Jean-Jacques Lefrère y Michel Pierssens, cuyas majestuosas obras se yerguen como dos baobabs que iluminan el camino.

Ello me permite estar ahora en condiciones de afirmar que no hay escena alguna del relato del joven investigador que no

tenga ciertos visos de realidad, es decir, que no refleje algún hecho verdadero o presumible de lo acontecido al mítico Conde y a los demás personajes igualmente legendarios de esta historia; claro está, dentro de lo que puede considerarse cierto o presumible cuando de categorías míticas se trata...

No quiere esto decir que comparta en todos los casos los comentarios sobre los hechos y personajes a los cuales se alude –algunos de ellos provocativos en exceso, y quizá hasta insolentes, para mi gusto– que el investigador entremezcla con su relato.

Más aún: quienes me conocen saben que de modo alguno aprobaría ciertos fragmentos notoriamente transgresores e impúdicos. Pero debo ser respetuoso con sus investigaciones y, en particular, con los lectores. Por ello considero mi deber someter a consideración de ustedes la totalidad del manuscrito, tal cual fue hallado en EL PAILÓN DEL DIABLO, aquella fatídica madrugada de fines de 1968.

En contados casos he agregado algunas notas a pie de página, identificadas con mis iniciales, cuando he considerado que podía aportar datos de interés.

Reitero: todas y cada una de las escenas, hasta donde lo he podido determinar, se han basado en algún suceso supuestamente real, aunque en muchos casos la información disponible sea fragmentaria o de dudosa procedencia. Nada más que en un par de ocasiones –por demás evidentes–, el joven investigador ha incluido sucesos que podríamos calificar de fantásticos; me permito sugerir que su motivación haya sido no permitirnos olvidar que, en el universo en que habitaba el enigmático Conde, todo resultaría probable.

Para hacer más las palabras de Octavio Paz: cualquiera sea el caso, se trata de un realismo que no es mágico sino mítico; un realismo en el cual el elemento épico y el elemento fabuloso son esenciales. Lo admirable de lo fantástico en la vida del Conde –el que ahora habla es André Breton– es que no es fantástico, sino real.

Es cuanto puedo informarle al lector.

RUPERTO LONG

Solo me resta desearle, si es que decide internarse en estas cenagosas páginas, que *halle, sin desorientarse, su abrupto y salvaje sendero*.¹

Ruperto Long
Montevideo, enero de 2012

1 «Canto Primero».

Carta que encabezaba el manuscrito encontrado por don Romualdo, alcalde de Azotes, en la posada EL PAILÓN DEL DIABLO, el 24 de noviembre de 1968 (a la que su desconocido autor se refiere como «Carta a modo de Prólogo»)

Escribo estas angustiadas líneas a finales de 1968.

El mundo está en llamas, ¿alguien puede dudar?: las barricadas del «Mayo Francés», la guerra de Vietnam en su momento más sangriento, la invasión soviética a Checoslovaquia, la masacre de la plaza de Tlatelolco en México, los asesinatos de Martin Luther King y Robert Kennedy, las manifestaciones estudiantiles en Polonia –reprimidas por el régimen de Gomulka–, los focos terroristas y la guerra de guerrillas en Latinoamérica, la Revolución Cultural en China, los golpes militares en tantos lugares, el poeta Abbie Hoffman y los *hippies* que rodean el Pentágono para hacerlo levitar, la aparición de nuevas enfermedades sexuales,² el crecimiento desenfrenado de la población, fruto de la más absoluta promiscuidad (¡se ha duplicado en cincuenta años!), el agotamiento del petróleo –¡la energía que mueve nuestra civilización!– en medio siglo, la degradación del medioambiente, la explosión del narcotráfico, el consumo de drogas ensalzado como si fuera *Lucy in the Sky with Diamonds*, las religiones que forjaron nuestra cultura en declinación, mientras florecen nuevas sectas...

Unos cuantos investigadores y científicos, que terminan de reunirse por estos días en lo que han denominado el Club de

2 Nota (REL): Estudios médicos recientes han permitido comprobar que los primeros casos fatales debidos al virus del SIDA datan de la década del sesenta, lo que confirma la audaz afirmación del joven investigador.

Roma, nos advierten de que el actual «crecimiento económico» no nos conducirá a otra cosa que al deterioro del planeta y a una crisis de valores, con la inevitable secuela de violencia y pobreza, sin precedentes en la historia de la humanidad.

Hay quienes, incluso, están convencidos de que el fin del mundo se acerca, por lo cual acuden a extraños rituales satánicos (hace pocos meses Charles Manson y su secta asesinaron en una terrible orgía de sangre a la actriz Sharon Tate, esposa embarazada del director de cine Roman Polansky, quien a su vez acababa de rodar una película, *El bebé de Rosemary*, en la que una pareja engendraba un hijo del Anticristo). Para muchos, ya se vislumbran en el horizonte los Jinetes del Apocalipsis.

Por estos días han hecho irrupción (con gran suceso, ¡fíjense!) un libro y un film, que nos muestran visiones del futuro. El libro, titulado *La naranja mecánica*, surgido de la pluma de Anthony Burgess (quien –vale decirlo– es admirador devoto de un misterioso Conde de Lautréamont, al que ya me he de referir), nos muestra el triunfo inexorable del Mal en un mundo en que los peores sentimientos pueden ser desencadenados, en forma inevitable y programada, por los más hermosos compases de la «Novena Sinfonía» de Beethoven. Tal ha sido el éxito popular de tamaña novela que el famoso cineasta Stanley Kubrick está trabajando en una versión cinematográfica, que se estrenará el año próximo.

Un medimetroaje en blanco y negro, titulado *La Jetée*, ha tenido gran influencia en los realizadores de la *Nouvelle Vague* –como Godard y Resnais–, y ha atraído tanto la atención del público que ya se proyecta un *remake* en el que se nos augura la próxima destrucción del mundo terrestre, víctima de un virus esparcido por el «Ejército de los Doce Monos», y el forzoso descenso de los escasos sobrevivientes de la raza humana a los abismos subterráneos, todo lo cual acontece al ritmo de los sugerentes compases de la «Suite Punta del Este», de Astor Piazzolla.

Esta es la visión del futuro que nos aguarda, en los tiempos que nos ha tocado vivir.

En mis largas noches de insomnio y meditación, me interrogo sin cesar: ¿cómo hemos llegado a esto, qué nos ha sucedido?

No me considero una persona demasiado perspicaz; mas no ha escapado a mi especial preocupación el hecho –en apariencia fortuito– de que hace exactamente cien años pasara por el mundo el cometa fulgurante de un tal Maldoror, a quien todos consideran simplemente un personaje literario, fruto de la prodigiosa imaginación del enigmático Conde de Lautréamont.

Yo, lo dudo.

Y, quizá, mi alma no sea la única conquistada por tal premonición. Hace apenas unos meses,³ cuarenta y cinco intelectuales de la nueva generación han publicado en todos los diarios de París una declaración que procura explicar los fantásticos acontecimientos que estamos viviendo, y finaliza con esta sorprendente afirmación:

«¡Es el dedo de Lautréamont, que se ha posado sobre la carta de los Océanos, tal cual si fuera la sien donde nace una arteria que no está hecha de otra cosa que de fuego!».

Por ello me he sumergido sin desmayo –aunque muchas veces oscuras fuerzas hayan procurado socavar mi voluntad y debilitar mi perseverancia– en una meticulosa investigación para conocer mejor al indescifrable Lautréamont, a su supuesto personaje Maldoror, y a quien sería el progenitor de ambos, un cierto Isidoro Ducasse, con el fin de saber cómo se relacionan las misteriosas andanzas de este tríptico con las extraordinarias circunstancias que, justamente un siglo después, estamos viviendo.

Ese mismo afán me ha llevado a transitar sin descanso las callejuelas de la Ciudad Vieja de Montevideo, el barrio Sur, y las áreas que quedan más allá de las viejas y casi desaparecidas murallas; además de pequeños pueblecitos de los Pirineos como Sarniguet, ciudades provincianas francesas como Tarbes o imperiales como Pau, así como la misteriosa Bordeaux; también, la docta Córdoba argentina, la Boca porteña y los arrabales de Buenos Aires, para culminar mi viaje en París.

He hurgado hasta el agotamiento en la augusta Biblioteca Nacional de Francia, llevado por la pasión de intuir nuevos

3 El 15 de diciembre de 1967.

descubrimientos. Debo confesar que una noche de invierno llegué a ocultarme en un rincón de la Sala de Libros Raros, donde permanecí en vigilia leyendo con devoción religiosa los antiguos manuscritos, hasta que se me agotó la linterna y me rindió el cansancio, ya bien entrada la madrugada. Fue una suerte que Marie-Thérèse, bibliotecaria responsable de la sección, no me descubriera *in fraganti* por la mañana, lo que habría significado el final de mis investigaciones en la noble institución.

He recorrido –y analizado concienzudamente– la feroz contienda de ideas y agravios que se desató en París hace apenas dieciséis años, en la que tomaron partido todas sus principales personalidades –incluidos Albert y Octavio, ya lo verán–, y que tuviera como epicentro la vida y la obra del ya mencionado Conde.

Con el relato de esos crueles enfrentamientos se inicia mi narración, pues de ellos es posible extraer algunas pistas que comiencen a orientar mis pasos. De algún modo tales disputas estaban incubando la impiadosa tormenta que hoy se ha desencadenado por todo el planeta.

Esas mismas razones son las que me han traído a la mística San Francisco de Quito, y luego al remoto pueblecito de Azotes.

Al principio parecía un lugar apacible. Sus tranquilas calles de tierra eran recorridas por un puñado de vecinos del lugar, en su gran mayoría quechuas de andar cansino, acompañados por sus cabras y sus llamas. Las siestas eran largas, cálidas y silenciosas. Los atardeceres atraían algo más de movimiento, de comentarios, de chismes, de ocasionales copas en los escasos boliches del pueblo. Por otra parte, dado que es posible encontrar en los cerros de los alrededores estanques naturales de aguas termales, que deben sus altas temperaturas a la incesante actividad volcánica de la región, solía tomar frecuentes baños, en especial al anochecer. Esta actividad me regocijaba mucho, pues desde muy joven se ha considerado que poseo grandes dotes de nadador.

Debo decir, sin embargo, que la situación ha cambiado radicalmente en estos días. Y ha cambiado para mal. Por lo que he sido obligado a concluir de forma apresurada esta «Carta a modo de Prólogo» que me encontraba redactando. No oculto mi preocupación por el hecho de que, a partir del momento en que mi investigación me condujo a esta remota región del planeta, los temblores de tierra se han sucedido, cada vez con mayor intensidad.

Ayer mismo, mientras compartía un ajeno con el alcalde don Romualdo en el café DEL TRANQUILO, se sintió como un enorme trueno, y las mesas y las lámparas comenzaron a vibrar y bailar.

Los viajeros cuentan que, a unas pocas leguas al norte, el volcán Sangay —es decir, «el Infierno»—, aquel que tiene la actividad más continuada en todo el mundo y que alcanza a registrar con frecuencia hasta tres erupciones en un minuto, ha entrado desde hace varios días en una extraña calma chicha. ¿Será la calma que precede a la tempestad?

Como si esto fuera poco, no he tenido mejor ocurrencia que alojarme en una hostería llamada EL PAILÓN DEL DIABLO, algo así como «la imagen del diablo», en lenguaje quechua o cañarí, o lo que sea...

Desde entonces mis noches se han poblado de pesadillas, y mis días, de malos presentimientos. Garabateo estas líneas impulsado por una inquietud que no alcanzo a comprender, y que se acentúa cuando al caer la tarde mi mirada se cruza con la del posadero Julio Dupuy o la de su mozo Antonio Millán. ¡Qué nombres, válgame Dios!... Su semejanza con los del dueño y el mozo de tareas de aquel hotel parisino donde Isidoro Ducasse vivió sus últimos días no hacen más que acrecentar mis temores. Parecería que ellos supieran algo que yo desconozco, y estuvieran aguardando algún acontecimiento próximo a suceder...

Pero tal vez únicamente sea mi imaginación afiebrada, acicateada por extrañas premoniciones.

Solo Dios sabe qué acontecerá en los días por venir.

Al menos, eso es lo que siempre he pensado. Aunque debo decir que en estos tiempos que corren, cuando mi espíritu se

debilita y mi fe tiende a desfallecer, he llegado a suponer –¡Dios me perdone!– que tal vez haya Otro en las tinieblas haciendo sus trabajos para que los hechos no sucedan tal cual Él los ha planificado.

En cualquier caso, ha llegado la hora de exponer mis verdades, cualquiera sea el precio que tenga que pagar por ello.

La única forma de que mi verdad no salga a luz es que el Otro se adueñe de mi alma.

Porque mi alma, aun golpeada y resquebrajada por oscuros temores, no aceptará otra cosa.

Mientras tanto, y a la espera de épocas más tranquilas, si alguien un día llegara a leer esta Carta comprenderá que ampare mi identidad en un seudónimo, que no es necesario ser muy zahorí para saber que no me pertenece.

Azotes, valle de Cuenca,
finales de 1968